

# Los días sin sombras

Lara Pedraz



# Capítulo 1

PRIMERA PARTE: PRIMAVERA

## CAPÍTULO 1

Había sonado la señal de abrocharse el cinturón y lo hice lo más rápido que pude con las manos sudorosas. Me aterraba ir al baño en los aviones. Siempre había pensado que pasaría algo justo cuando estaba en ese cubículo y que no me daría tiempo a volver a mi asiento. Después de unas cuantas turbulencias atravesamos una masa de nubes grises y la ví por primera vez: Holanda. El encanto de su llanura, los campos cortados como perfectos rectángulos de un pastel gigante, y las vacas, diminutas como hormigas desde aquél avión, me hicieron estremecer. Un flechazo a primera vista que se reforzaría con los años venideros. Un flechazo como el que tuve con Bruno nada más conocernos hacía tan solo un año. ¿Era una locura? ¿Estábamos yendo demasiado deprisa? No lo tenía claro, pero quería intentarlo. Intentar vivir sola, fuera de España, fuera de mi zona de confort que en el fondo no era de confort, sino una prisión de la que me daba miedo salir e intentar algo diferente. Por fin me había lanzado, en gran medida gracias a Bruno que me había animado a irnos juntos.

Bruno no pudo venir a buscarme al aeropuerto. En el momento en el que yo pisaba tierra, él estaba discutiendo con el dueño de nuestro nuevo piso. Un ático con cocina americana en el centro de Ámsterdam. Bueno, o eso es lo que pensaba hasta que llegué a aquel viejo edificio cerca de Westerpark.

Subí por las escaleras estrechas y empinadas arrastrando tras de mí una maleta que solo cabía de costado. La ropa de invierno ocupaba muchísimo, varios pares de zapatos: por si llueve, por si nieva, por si hace sol, por si hace calor... Y por supuesto algunos de mis libros favoritos. Si quería crear un nuevo hogar era imprescindible que los trajera. Por fin llegué al último piso.

Antes de que mis nudillos llegasen a tocar la puerta, esta se abrió.

— ¡Joder! — Bruno, casi sin reparar en mi presencia, pasó a mi lado como un huracán bajando las escaleras de tres en tres. Uno de los vecinos, un hombre alto con cara de no tener ganas de lidiar con aquella situación, salió al descansillo y empezaron a discutir en un spanglish ridículo.

Mientras tanto, me dediqué a echar un vistazo a nuestro apartamento. Sin duda aquello había sido un eufemismo en toda regla. El loft pasó a ser una habitación pequeña y vacía, y la cocina pasó de americana a fregadero y hornillo eléctrico en una esquina. Aún así decidí darle una oportunidad a todo aquello. Al fin y al cabo los comienzos siempre son duros.

Me gustaban los ventanales alargados hasta el techo con aquellas vidrieras coloridas que tamizaban la luz en el suelo de madera y creaban pequeños arcoiris. Me gustaba el sonido del tranvía y los timbres de las bicicletas que se oían desde el salón, pero sobre todo me enamoré del único mueble que había en toda la casa; un sillón orejero de piel marrón desgastada con olor a libro viejo.

Un portazo me sacó de mis pensamientos.

— Es gilipollas. Se ha roto el radiador y me dice que ayer estaba perfectamente. Que no lo piensa arreglar. — dijo Bruno con la válvula del único radiador que había en todo el piso en la mano.

Teníamos la suerte o la desgracia de que el dueño de nuestro apartamento vivía justo debajo.

— Hola. — Dije con una sonrisa.

— Perdóname. ¿Qué tal el viaje? ¿Te ha costado encontrarlo? Siento no haber podido ir a recogerte. — Dijo acercándose y rodeándome con los brazos.

Le besé sin contestar. Estaba muy feliz de haber llegado hasta allí. De haber dado el paso de irme a vivir a otro país y de irme con él. Tenía unas ganas increíbles de descubrirlo todo y de descubrirlo con él.

\*\*\*

Aquella primera noche no pude dormir, suelo tardar en habituarme a los sitios nuevos así que decidí levantarme sin despertar a Bruno. Recorrí el piso prácticamente vacío. Las luces amarillentas de la calle entraban de lleno en el salón que carecía de cortinas y mucho menos de persianas. Años después descubriría cuánto echaba de menos las persianas españolas.

Me senté en el sillón orejero de piel que se hundía por el medio y se te pegaba a los muslos. Me quedé unos minutos en silencio, no se oía nada en la calle, era un barrio tranquilo. Arrastrados por aquél silencio, un millón de pensamientos y dudas que había acumulado desde hacía meses me asaltaron, me rodearon y me ataron al sillón. Las piernas me hormigueaban y no podía moverme. El sueño de mudarme a Holanda se

había hecho realidad, estaba allí de verdad, no había vuelta atrás, pero ¿y si no salía bien? ¿y si no encontraba trabajo pronto? ¿y si no podía entenderme en Inglés porque mi cerebro era demasiado estúpido para hacer algo así a estas alturas? ¿y si lo nuestro no funcionaba?... Intenté calmarme. Respiré profundamente. Ordené mis pensamientos. Intenté deshacerlos para que no se expandiesen más o acabarían aplastandome allí mismo.

Nada es fácil a la primera y el concepto de que algo salga bien o no es demasiado relativo así que la primera pregunta quedaba fuera de juego. Empecé a poder mover las manos. Volví a respirar hondo. Trabajo encontraré, es uno de los países de Europa con menos paro, hiciste una investigación exhaustiva antes de venir, ¿recuerdas? El nudo en el pecho se deshizo. Respira. Y con Bruno, no podía haber dudas, no había dudas. Noté como los músculos se relajaron y me quedé sola de nuevo en el salón.

Aquellas situaciones cada vez llegaban con menos frecuencia y había aprendido a saber llevarlas. Tras unos minutos concentrada en mi respiración y en sentirme en paz, me quedé dormida.

Comenzaba a amanecer y aún con los ojos cerrados podía intuir los rayos de sol anaranjados en mi cara. Aún así me resistía a abrirlos. Había entrado en un sueño tan profundo que no me quería mover. De nuevo sentí un hormigueo en las piernas. Otra vez no. Así es como empezaban los momentos de pánico. Entreabrí los ojos con dificultad e intenté enfocar la mirada hacia mis piernas, pero me faltaba algo, las gafas, ¿dónde estaban? Palpé los lados del sillón, me las coloqué y cuando me di cuenta de lo que estaba pasando chillé tanto que pude sentir cómo me quedaba un poco sorda. Bruno se plantó en el salón en calzoncillos aún con los ojos cerrados. Yo había saltado hasta la esquina más alejada y me acurrucaba mientras señalaba el sillón.

—.... cucaracha.... — susurré dejando una separación bastante grande entre mi dedo índice y pulgar.

— Joder, qué susto. — dijo rascándose un ojo.

Bruno se acercó al sillón y rebuscó.

— No hay nada. Ha debido de reventar con los decibelios de tu grito. —

Se acercó a mí y me tendió la mano para ayudar a levantarme.

— Vamos a hacer café, anda. —

\*\*\*

El sol de invierno se reflejaba en el canal creando miles de reflejos que bailaban al son de los barcos. El aire frío en la cara, junto con los rayos de sol cálidos, me despertó y me dió una energía que hacía tiempo no sentía. Era feliz.

Cada edificio era una nueva fotografía que no quería dejar pasar. El tranvía, las bicicletas, incluso los propios holandeses viviendo sus vidas me resultaban apasionantes. Quería observarles hasta que me mirasen enfadados.

Tenía una cámara reflex analógica que llevaba usando desde la universidad. Me encantaba experimentar con ella y esperar a ver el resultado una vez reveladas. Quién sabe, quizá podría hacer una exposición aquí como las que solía hacer en Madrid.

Miraba por el visor. Cuidadosamente giraba el enfoque. Aquel puente de piedra y una bicicleta que iba a...

— Se nos hace tarde. — dijo Bruno apareciendo en el visor de mi cámara.  
— Todavía tengo que pasar por la gestoría.

— Sí, perdona. Me resulta todo tan apasionante que...

— De todas maneras, te voy a regalar una cámara mejor, que a eso hasta le faltan piezas. — dijo bromeando.

— A mí me gusta. La fotografía analógica no se puede comparar a la digital, y me gusta que cada foto sea especial.

— Qué soñadora. — dijo Bruno cogiéndome la mano y tirando un poco de mí para cruzar la calle.

Bruno trabajaba en una gestoría en el centro de Ámsterdam. Su padre le había conseguido el trabajo a través de un contacto nada más acabar la carrera. Vivir en el extranjero unos años da mucho prestigio, decía su padre. Así que en busca de ese prestigio y un buen sueldo Bruno decidió venirse.

— Espérame aquí, no tardaré mucho. Luego nos iremos a donde quieras.  
—

— Sí, me gustaría pasar por algunas agencias de trabajo que he estado mirando.

Bruno me besó en la frente y se metió en un despacho. Desde la sala de espera se podía ver un canal, las infinitas líneas de cable del tranvía

cruzándose en todos los sentidos y una torre gris que imponía su presencia en medio de aquel caos de bicicletas, gente, coches, tranvías y algún carro de caballos para turistas.

Trasteé con la cámara, miré el saldo que tenía en aquel móvil de prepago que me compré para venir, ojeé las revistas financieras en holandés encima de la mesita, y dí varias vueltas por la sala de espera. El reloj de la torre gris marcaba las 17.00. Poco después Bruno salía del despacho.

— Perdona. La reunión ha sido más larga de lo que pensaba. — me dijo

pasándome un brazo por el hombro mientras nos dirigíamos a la puerta.

— De todas maneras te podrías haber ido por tu cuenta, no hacía falta que me esperases como un perrito en la puerta. — dijo sonriendo y besándome sin darme tiempo a responder.

Volvimos a casa caminando cuando ya el cielo se tornaba naranja y morado. En Holanda la mayoría de las tiendas y oficinas cierran a las 17.00 por lo que no me dió tiempo a pasar por ninguna agencia de empleo. No importaba demasiado. Habría más días. Muchos más.